

REPARTO

PERSONAJES

BENVENUTO CELLINI.....	SR. ECHAIDE.
ESCORPINA.....	SRTA. MORENO.
PANTASILEA.....	ORIA.
FAUSTINA.....	TORRES.
PORCIA.....	QUIJADA.
LA GAMBETTA.....	SRA. RODRÍGUEZ.
LA CAPRETTA.....	SRTA. QUIJADA.
LAURA.....	SRA. SORIANO.
CATALINA DE MEDICIS.....	SRTA. TORRES.
LUCAS ANGELO.....	SR. LÓPEZ ALONSO.
PAULO.....	SRTA. BLANCO.
EL REY FRANCISCO I.....	SR. CÓMES.
CARDENAL DE FERRARA.....	VIÑAS.
ASCANIO.....	CATALÁ.
FÉLIX GUADAÑA.....	NORRO.
ALBERTO BENDELIO.....	REDONDO.
LACTANIO GORINI.....	NORRO.
EL GOBERNADOR DE PALACIO.....	LEYVA.
EL NUEVO APRENDIZ.....	CASTRO.
EL DELFÍN ENRIQUE.....	NÚÑEZ.
UN VIEJO FLORENTINO.....	LEYVA.
UN JOVEN FLORENTINO.....	ROMÁN.
ANDRÉS.....	SRTA. LEYVA.
UN PAJE.....	
JACOBO.....	SR. CATALÁ.
CARADOSSO.....	LEYVA.
UN MANCEBO.....	LUCIO.

Vecinos, aprendices, gente del pueblo, etc., etc.

Los dos primeros actos se desarrollan en Róma, el tercero en
París y el cuarto en Florencia
La acción en la primera mitad del siglo XVI

ACTO PRIMERO

PRÓLOGO

Es este lugar del prólogo, el obrador de Lucas Angelo, aurífice romano. Corren los años de 1525. Cuidarése de dar á todos los detalles de la escena, en muebles, accesorios y disposición, el justo color de época, que es muy necesario. El obrador de Lucas Angelo está lleno de labores comenzadas y otras acabadas, de oro y plata, de gran tamaño: jarras, candelabros, fuentes, aguamaniles de formas elegantes. Hacia la derecha habrá unos peldaños que comunican con las habitaciones altas, donde vive la familia del aurífice Lucas Angelo y él mismo. En el fondo habrá una gran mesa con obras de orfebrería; encima de ella una ventana con reja, por la que se alcanza á ver los coronamientos de los edificios en aquella parte de Roma y el cielo crepuscular que los cubija. Del lado de la mesa habrá algunas grandes sillas y, todavía en la pared del fondo, pero tirando un poco al lado izquierdo, la gran puerta de entrada al obrador, que gira sobre gruesos goznes y que tiene cerrada media hoja. Hay en la escena, además de lo descrito, dos mesas de trabajo; una, la más grande, adosada al arco de la escalera que conduce á las habitaciones altas. Sobre ella hay un jarro de plata ya terminado y otras piezas de orfebrería de gran tamaño, con los útiles necesarios para trabajos tales. Otra de las mesas, la más pequeña, está precisamente al otro lado de la escena, y en ella apenas hay útiles, sino unos pequeños cinceles y pincitas muy finas de obras de menuda joyería. Dicha mesa estará al lado de una arquilla; junto á la arquilla algunas telas pintadas, copias de cuadros de Rafael, y encima de la arquilla, en un jarrón de plata, muchas y bellas flores que forman un conjunto agradable. Al levantarse el telón declina el día, y por la reja del fondo se ve el cielo anaranjado y dorado de la puesta.

ESCENA PRIMERA

LUCAS ANGELO; estará delante de una mesa, de pie, junto al señor
ALBERTO BENDELIO, médico, que habla con el aurífice

- LUC. Digoos que, en el oficio, ya las bellas cosas cedén el paso á las cosas de provecho.
- ALB. Por cierto, nunca fué esa la manera ni opinión de los antiguos.
- LUC. Si traéis la cabeza llena de los antiguos, ¿por qué entráis en la tienda de Lucas Angelo, señor Alberto?... Yo no estimo el arte en más de lo que rinde. ¿Por qué creéis que Lucas Angelo ve crecer cada día el número de sus clientes y empecé con dos mancebos y hoy apenas si diez bastan á ayudarme?... Porque mis obras no son de apariéncia y fantasía, sino sólidas y á fondo. Dejaos de las gracias del diseño que es tercero en hurtos de aurífices tramposos. Mis obras valen tanto molidas como cinceladas, y no digo más, porque las acabo siempre en obras útiles.
- ALB. Maestro Lucas, vuestros razonamientos no me cambian una mota de lo que era al entrar en vuestra tienda... Si os dijera, después de ellos, que un diseño gracioso y agradable vale para mí más escudos que el oro de más quilates...
- LUC. Creería, señor, que nunca romano de más disparatado juicio había puesto los pies en mi obrador... y sea dicho con respeto.
- ALB. Yo, maestro Lucas, soy amigo del Buonrotti y florentino.
- LUC. Ya sé, señor, que es Florencia país de grandes locos.
- ALB. ¡Maestro!
- LUC. No; no va con vos ahora... y serenaos. Sinó que hace unos meses me llegó de Florencia un mancebito con las disposiciones más famosas para nuestro oficio que yo he visto

- en hombre alguno. Os digo que verle trabajar con el cincel es para quedarse con la boca abierta. Pues imaginad que va mi hombre y se pasa las horas en el palacio del señor Andrés Gichi, y allí copia y recopia las telas de Rafael de Urbino, y el otro día trajo unos dibujos que á mí me parecieron cosas tan bellas como inútiles para el oficio...
- ALB. Conozco el palacio de los Gichis y las admirables cosas que ha juntado en él la magnífica señora Porcia.
- LUC. Para esa magnífica señora, ha acabado hoy un joyel mi mancebo, que tengo yo por la más admirable manera de perder el tiempo que hasta el día se ha inventado.
- ALB. ¿De qué nombre es vuestro mancebo?
- LUC. Se llama Benvenuto Cellini y es hijo del maestro Juan, el arquitecto.
- ALB. Creo yo que el Benvenuto querría encargarse de hacerme esos vasos á la manera de los antiguos, de que vos os burláis tanto.
- LUC. Posible es que se encargue, porque pegan mucho en él todas esas chocantes bagatelas.
- ALB. (Señalando la mesita pequeña.) ¿Es aquí su sitio de trabajo?
- LUC. Aquí y fuera de aquí; bajo aquella ventana y en cada peldaño de esa escalera; en la iglesia y en el castillo con los guardas; en riñas con muchachos, y en comilonas con mozas de partido; bebiendo los vientos y tragándose el sol; en todos sitios y de todas maneras; de obra, de pensamiento y de palabra; con daño y con fortuna, con riesgo y con reposo, con el cincel ó con la daga, con apreturas ó á sus anchas, con las manos ó con los dientes, mi mancebo anda siempre metido en trabajos y de nada saca nada y para todo es hombre y se hace amar y aborrecer al mismo tiempo. Con deciros que no le puedo ver y me da grima el pan que come y, sin embargo, le tengo en mi casa y le mantengo y le doy mesa y útiles de trabajo, os he explicado á poca costa el gran

desbarajuste que es él y que lleva consigo á donde vaya...

ALB. Parece que sois vos hombre demasiado práctico para mantener, como decís, á ese galopin maese embrollos, si no sacárais de él algún provecho.

LUC. ¡Ay! que no es por mi propia voluntad, sino por la ajena, por lo que le mantengo aquí. (Como empezando á hacerle confidencia.) Figuraos... (Por lo alto de los peldaños asoma su cabeza y medio cuerpo la Escorpina. Es bastante morenita, de aspecto salvaje, veloz en su andar, y ceñuda y profunda en la mirada.)

ESCENA II

DICHOS y ESCORPINA

ESCOR. Benvenuto, ¿se fué ya Benvenuto?
LUC. (Interrumpiendo la conversación y cambiando por completo de aspecto en cuanto ve á Escorpina.) Y ahora, callaos, señor, porque ese animalillo que veis es mi mujer... (Alberto hace gesto de que tendrá prudencia.)

ESCOR. (Descendiendo de la escalera á saltos; lleva la falda recogida y flores en ella. Llega andando apresurada á la arquilla que hay en la parte izquierda y muy nerviosa quita las flores que hay en el jarrón, y, mientras habla, las sustituye por las que trae en la falda.) Lucas... poca voluntad pones en halagar á Benvenuto.. tanto honor como te da con sus trabajos, tan bravo mancebo como es y tanto que se hace querer. (Por señas que le hace su marido de que repare en el señor Alberto.) No, no me hagas señas de que hay aquí gentes extrañas; porque espero yo que ese señor caballero no va á extrañar de que tratemos bien á quien puede darnos tanto honor.

ALB. Nada más lejos de mi pensamiento, gentilísima señora. (Inclinándose con una sonrisa en que hay malicia. A Lucas.) Otro día visitaré vuestro taller, maestro Lucas, por ver si en-

cuentro á Benvenuto y hablo con él de aquel encargo de los vasos consabidos.

ESCOR. (Cambiando de expresión.) ¿Buscáis á nuestro Benvenuto, señor caballero? ¿Habéis acudido ya al renombre de su fama?

LUC. No, sino que yo le hablé de nuestro Benvenuto, señora esposa.

ESCOR. Sois un hombre excelente, Lucas Angelo. Esperad, señor caballero, que pronto va á llegar el que aguardáis.

LUC. Hiciérais mejor en retiraros, creo yo. Si Benvenuto se adoba y acicala para ir en casa de la magnífica señora Porcia, como yo supongo, dad por seguro que tardará en estar á punto buena pieza. Yo sé que pone empeño en gustar á esa señora, porque espera de ella grandes cosas. (Con intencón para mortificar á Escorpina.)

ALB. Maestro Lucas Angelo: yo he tomado ya demasiado de vuestro precioso tiempo. Sé que la propia Santidad del Papa os había encargado este jarro, y sé que apenas puesto el sol, le espera. Cumplid vos con él y dejad que yo eumpla con vosotros, retirádomel... (Hace acatamiento á Escorpina. Lucas Angelo se llega al fondo acompañándole: luego vuelve á escena y violentamente sacude á Escorpina por el brazo.)

ESCENA III

LUCAS ANGELO y ESCORPINA

LUC. ¡Sabe, Juana, que esto acaba aquí!

ESCOR. Sabe Lucas, que me alegro.

LUC. ¿Sospechas de qué hablo?

ESCOR. No.

LUC. Pues, ¿cómo dices que te alegras?

ESCOR. Porque me hastias y dices que va á acabar algo, y contigo todo lo que sea acabar me place á todas horas.

LUC. ¡Es mi paciencia lo que va á acabar!

ESCOR. Pues ya no me alegro, Lucas

LUC. ¿Por fin me temes un poquito?

- ESCOR. No; sino que tocante á tu paciencia demasiado sé yo que no se acaba...
- LUC. ¡Juana!...
- ESCOR. Maestro Lucas: tenéis obra que entregar y no hay dinero en casa...
- LUC. Maestra Juana: no soy yo el solo que debe entregar obra en el taller...
- ESCOR. ¡Ah! ¡bellaco también, y ahora me afrentas! ¿Pretenderás que á otro que á tí le pida yo dineros?...
- LUC. No sabes hablar sin herirme.
- ESCOR. Ni tú sin injuriarme.
- LUC. ¡Yo soy el que injuria!... ¡Cielos! ¡Cielos, venid á decirme qué arte es este de la mujer, que con esta facilidad trabuca los papeles! ¡Yo el que injuria! ¿yo? ¡Pues entonces yo debo ser Juana y tú el maestro Lucas Angelo, antes lleno de honor entre todos los aurífices! ¡Yo soy Juana, pues! ¡La que engaña sin remordimiento y traiciona sin enmienda y mente sin pudor y vive sin provecho! ¡Dime tú si yo, que injurio, tengo la graciosa cara de serpiente de aquella Juana impúdica que da su mano á besar al Benvenuto! (Va á ella amenazador.)
- ESCOR. (Haciéndose atrás con un salto: los ojos le brillan.) ¡Oh!... ¡échame de casa con repudio, si tu quieres, pero no me toques que te mordería!
- LUC. (Después de una pausa, reponiéndose.) Eso quisieras tú; ir á repudio y compuestica: aguarda no más tiempo que mi vuelta de haber hablado al Papa y recobra los Espíritus. Bula te voy á traer del gran Clemente como, por gracia especial y sin daño, estás descasada y puedes casarte, á espaldas de la iglesia, setenta veces siete, que así dijera el otro para decir cortesana... pues, ¿qué más quisieras tú sino que te echara de mi casa para tener razón de entrar en las ajenas?... No, paloma, no... conmigo te guardo, que te estoy aficionado... tú, quiero que me sirvas porque estoy acostumbrado á tus servicios... quiero ser como los Papas y los Reyes, que sientan

- á su mesa los vicios más desvergonzados... esta ruín venganza tomo yo, que antes de enseñármela tú, no conocía ruindad... Ya estoy hecho á la lepra y temo que de quitármela, la sangre se me envenenara.
- ESCOR. Ni á ese punto he llegado, ni creo merecer con mi conducta las cosas que tú dices.
- LUC. Todo se andará... que yo sé que estás bien dotada para hacer grandes merecimientos, por el camino que has tomado.
- ESCOR. (Haciendo violento ademán de volver á subir la escalera.) Me hastías...
- LUC. (Deteniéndola con lo imperativo de la voz.) ¡Juana!... (Escorpina se detiene, vuelve la cabeza y pregunta con la mirada.)
- LUC. (Transición.) Voy á salir; tráeme acá mi manto. (Escorpina, muy sumisa, va al foro y descuelga el manto y le ayuda á ponérselo.) Arrégname ese jarro y esa fuente, que me corre la audiencia y voy ahora mismo á hacerle al Papa entrega de ellos.
- ESCOR. (Sin chistar, desempeña su cometido, haciendo un gran lío con el jarro y la fuente que están encima de la mesa grande.) ¿Mandas más?
- LUC. ¡Oh! ¡justos cielos! ¿No me envidiais? ¡Oh sol, cubierto y ciego en el ocaso! ¿No vuelves el rostro un poco para mirar esta apacible sumisión, este divino trueque? ¡Oh, amantes afortunados! ¿Cual de vosotros puede gloriarse de haber visto, en la mujer querida, tanta sumisión y tanta complacencia, como el marido odiado, cuando sale de casa, dejándola sin dueña? ¡Oh, qué orgulloso estoy de tí, tesoro mío! (Va á salir, toma el paquete y se dirige á la puerta del foro.)
- ESCOR. ¿Nada más quieres?
- LUC. Es verdad: volviendo de mi audiencia pienso traer dinero en grande, que alguna compensación han de tener nuestras desdichas: temo que me sigan á estas horas y quieran asaltarme. Ya no llevo espada por no hacerle afrenta, pero hoy quiero pedirle, como cobarde que soy, la fuerza de su apoyo... Tráemela, esposa, y ciñámela tus propias

manos: que sólo ha de salir para cruzarse con ladrones.

ESCOR. (Que no puede soportar más afrentas: mientras le ciñe la espada.) Sospecho, señor, si aquello que decíais, que acababa, no fuese la galanteria proverbial de los romanos.

LUC. ¡Oh, no, esposa! Quise decir que esta noche acababa este embrollo magistral de nuestro Benvenuto. Y verás tú cómo va á acabar, no sea que te coja de susto y te me pasmes. Le he dicho á Benvenuto que no tenía yo dineros para mantenerle más: que si no se gana, en el mundo no se come. Conoces tú su orgullo: me ha respondido con una apuesta: estaban presentes mis mancebos y algunos vecinos, que luego vendrán á ser testigos en la causa. «Maestro: me ha dicho, » si esta noche no traigo yo más escudos por » mi obra que vos por la vuestra, consiento » en dejar vuestra casa y aun de salir de » Roma, no intentando dar un paso más en » este oficio para el que me tendré por in- » capaz.» Le he aceptado la apuesta y es formal: yo sé en qué miseria se tasan, por la gente rica, esas bagatelas que él cincela: es seguro que esta noche pierde la apuesta, y y tú no ignoras que Benvenuto nada tiene en más estima que el honor de su palabra. Hasta pronto, Juana. (Vase Lucas Angelo.)

ESCOR. Todas sus injurias habían resbalado sin herirme, y esta poca amenaza, viene sobre mí como una montaña que me aplasta... ¡Oh, si te pierdo, Benvenuto, será mi vida la que acabe! (Queda abismada: la cabeza entre los hombros, los ojos fijos en el suelo, sentada junto á la mesa de labor de Lucas Angelo.)

ESCENA V

DICHA, BENVENUTO CELLINI

BEN. (Sale bizarramente apercebido para dirigirse al palacio de la señora de Porcia. Cuenta veintitrés años, con

todo el ímpetu y esplendor de una mocedad naturalmente dotada. Lleva en la una mano, la joya terminada, y con la otra acciona ampliamente, acompañando la preparación del discurso que piensa dirigir á su gentil protectora: su voz suena ya momentos antes de salir.) Ved, señora, lo que supieron hacer unas manos que podían poco, al servicio de un deseo que quería mucho. La gracia de vuestro encargo me dió fuerzas para llegar á donde jamás me habría yo atrevido. Y así, señora Porcia, puedo afirmaros que á vos os debo más que á Dios, porque éste, dándome la vida, me dejó en lugar humilde, pero vos, con solo el dulce imperio de vuestra orden, me habéis quitado de aquel lugar, de donde Dios no pudo sacarme y me habéis levantado hasta vuestra misma altura, que es imponderable. (Queda el mancebo absorto en sí mismo como gustando todavía la música de su voz y de sus ensueños de gloria, y por fin, hace ademán de dirigirse á la puerta del fondo. Entonces repara en Escorpina, que habrá estado acoquinada y suspensa de él, desde antes de salir. Cuando ha oído el nombre de Porcia, intercalado en el discurso, Escorpina ha bajado la cabeza y llevado la mano á sus ojos. Cuando presente que Benvenuto va á fijarse en ella, se enjuga los párpados y se repone por no darle pena.)

BEN. (Reparando en ella.) ¿Estáis aquí, Juana?... ¿Salió ya de casa el maestro? (Escorpina hace un gesto afirmativo. Benvenuto, avanzando un paso.)

ESCOR. ¿Qué te parece del discurso que he preparado para ofrecer la joya, Escorpina mía?

ESCOR. Creo que ha de gustar sobremanera á la señora Porcia: nunca me has dicho á mí tan bellas cosas.

BEN. Vamos, deja quieto el corazón, que esos son empeños de mi arte.

ESCOR. No sé qué tenga que ver tu arte con la señora Porcia, ni con colmarla de alabanzas...

BEN. Con la señora Porcia tiene que ver mi arte, y con el esplendor de su palacio, y con los trajes que la visten y con las gentes que la hablan. De este cubil de alimañas donde lo he encontrado, quiero pasearlo triunfante

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
625 MONTERREY, MEXICO

por las calles de Roma y por los caminos del mundo. Quiero del arte, que he encontrado sin honor en los escombros de las ruinas, y sin culto en los rincones de las casas, hacer cosa para todos, como el pan. Y aunque solo me pide este Dios mío la luz de mi inteligencia y el ministerio de mis manos, yo, de añadidura, quiero darle la virtud de mi palabra, y el fuego de mi sangre, y los sucesos de mi vida y el tuétano y dureza de mis huesos... Pero necio soy yo de hablar con hembra de estas cosas...

- ESCOR. ¡Oh, no! Háblame, que quiero estarme siempre a lo que es tuyo.
- BEN. ¿De verdad pones placer en estas cosas mías?
- ESCOR. ¿Y me lo preguntas?
- BEN. Bueno, Escorpina, fijate bien; ¿qué dirías tú si te ofrecieran esta joya?
- ESCOR. ¿Yó? (vacilante.)
- BEN. Tú, sí, tú... ¿qué te parece?
- ESCOR. Digo que si la hubieran hecho manos de ángeles, no habrían acertado a labrarla mejor que las tuyas propias, Benvenuto.
- BEN. (Hace un gesto de asentimiento.) ¿Y qué más?
- ESCOR. (Con miedo de irritarle, y sin saber que más decir.) ¿Qué más?
- BEN. Sí, ¿qué más? prosigue el juicio; después de la alabanza viene el fundarla y dar la razón de ella, que es como el estribo donde hace hincapié para entrar de verdad en el espíritu. Vamos; sigue... di...
- ESCOR. ¡Oh, no, no me atormentes más! Bien sabes tú que yo no entiendo de esas cosas... voy a disparatar... vas a irritarte... ¿por qué no me hablas de nuestras cosas, Benvenuto?
- BEN. ¿De *nuestras cosas* dices? Pero, ¿hay cosa más mía que esta, á la que he dado vida con mis manos?
- ESCOR. Estoy yo, Benvenuto, que seguiría siendo tuya, aunque me dices muerte con ellas...
- BEN. (La mira con cariño y dice teniéndola abrazada.) Pues bien, estáme atenta: dime, por lo menos, una cosa; ¿no hay en mi obra una parte que te parece superior á las otras; más perfecta?

- ESCOR. ¡Oh, tocante á eso, digo que sí! Y por mucho que admire toda la obra, creo yo que, como estos follajes de la izquierda, no hay parte en ella que más me cautive y me seduzca.
- BEN. (Con sincero transporte.) ¡Admirable tino que parece milagroso en mujer poco entendida! Desde ahora te digo yo que entiendes en nuestro arte más que el mejor aurífice de Roma. Porque, justamente me has alabado estos *grotescos* que son mi mejor timbre, y cosa no intentada en joyas desde que se labran. Maestra puedes ser de críticos. ¡Orgulloso me tienes, Escorpina!
- ESCOR. (Con ingenua alegría.) ¡Oh! ¡Y tanto miedo como tenía yo en dar mi opinión! ¡Pero no me pone vanidosa el triunfo! Aunque me hurra equivocado, seguiría teniendo esos follajes por la parte más bella de tu obra...
- BEN. No, Escorpina... si te hubieras equivocado...
- ESCOR. (Acercándose á él y pasándole la mano por el cuello.) Una tarde estaba el maestro lejos, que llevaba unos encargos fuera del taller, y yo, sin saber cómo, arriesguéme á hablar al mancebillo osado Benvenuto: iban cruzadas muy pocas palabras, cuando el mancebo, que ya me había dicho mucho con miradas, tomándose por el talle, remató en mis labios toda la mayor osadía que cabe en hijo de mujer. Vi entonces que el mancebo Benvenuto, trabajando en esa joya, comenzaba esos follajes de la izquierda.
- BEN. ¿Y esa es toda la razón que me das de tu alabanza?
- ESCOR. ¿La quieres mayor aún? Pues ¿qué otra razón que amor esperabas de una pobre mujer que no sabe más que amar?
- BEN. ¡Digo que eres una loca enamorada y que acabas de enredarme en tu juego, y que tentado estoy de darte castigo, no haciendo otra cosa contigo, sino amarte!
- ESCOR. ¡Oh, y dichosa yo si me cumples la amenaza! (Llaman con dos golpes á la puerta.)
- BEN. ¿Quién va allá? (Va á abrir la puerta y se presentan en ella dos Vecinos.)

ESCENA VI

DICHOS y DOS VECINOS

VEC. 1.º ¿Está en su taller el maestro Lucas Angelo?
BEN. ¡Pronto va á estar si Dios le ayuda ó el diablo!

VEC. 2.º Somos vecinos, enterados de la famosa apuesta que tiene esta noche con uno de sus mancebos, y venimos invitados por él á presenciárla.

BEN. Vecinos sois, sin duda, cuando tan poco tiempo habéis puesto en venir, que llegáis con una hora de adelanto.

VEC. 1.º Si no lo tomáis á mal, pasaremos por la calle hasta que pase un poco el tiempo.

BEN. Sea como gustéis y tomad al sol poniente por bufón de vuestras vagancias envidiables.

ESCOR. (Desde la primera caja.) ¡Benvenuto!

BEN. (Mientras los dos vecinos hacen una gran reverencia para despedirse.) ¿Qué mandáis, señora? (Cuando desaparecen los vecinos, corre apresurado al lado de Escorpina.)

ESCENA VII

ESCORPINA y BENVENUTO

ESCOR. Dime, con verdad, ¿qué hay de esa malhadada apuesta de que ya me habló el maestro?

BEN. Hay, que salgo ahora mismo, con más prisa que un tiro de ballesta, en busca de la señora Porcia; que vuelvo de su palacio con el precio de mi obra y que confundo de una vez toda la envidia de mis enemigos en la estupidez del maestro Lucas Angelo.

ESCOR. ¿Y yo? (Angustiada.)

BEN. Hay, que hoy da principio mi fama en el mundo y que por la mano de la señora Por-

cia comienzo á subir las escaleras del favor y la fortuna.

ESCOR. ¿Y yo? (súplica.)

BEN. Y tú... ¿qué?

ESCOR. ¿Si hoy perdieses tu apuesta, Benvenuto?...

BEN. Pero, ¿te atreves á imaginarlo?

ESCOR. ¡Ay, que siempre es imaginable la desgracia!... Si hoy la perdieses, saliendo tú de esta casa te pierdo para siempre.

BEN. Por cierto tengo ganarla.

ESCOR. Y si la ganas... siendo por merced de la señora Porcia... ¿quién me quita el temor de que se lo agradezcas demasiado?... Viendo ella toda la excelencia de tu mérito, ¿quién me dice á mí que no pretenda ser única en gozarlo? ¡Ay, Benvenuto... que de cualquier modo que pasen las cosas, bien conozco yo que hoy comienzan mis tristezas para no acabarse nunca!

BEN. (Conmovido.) ¡Escorpina!...

ESCOR. No estoy hecha á sufrir... Creí que no habían de acabarse mis venturas. (Tomándole una mano.)

BEN. Aunque tus miedos fueran ciertos, Escorpina, y hoy que empieza mi fortuna, comenzara nuestro amor el sufrimiento... si salgo con verdad de esta tu casa y me echo al mundo y entro en los palacios y lleno de mi fama las ciudades y los reinos... si hemos de separarnos para siempre y no nos vemos más, andando el tiempo, cuando un día, en lo futuro, tropieces, en un sitio de honor, con el mármol bajo el cual duerman mis huesos, dí, Escorpina, y no se engañará tu corazón: á éste que descansa aquí le perdió el arte porque incesantemente gastó todo su poder en su servicio, y yo le perdí porque hasta el último día de su vida quiso hacer más por merecerme. (Le besa en ambas manos y sale emocionado, dando á entender la grandeza del camino que emprende y la fe y voluntad con que lo emprende.)

ESCOR. (Besándose las manos en el mismo sitio en que ha puesto sus labios Benvenuto.) ¡Pobres manos

mías; presiento que tardará mucho en volver á besaros de este modo. (Se cubre la cara con ellas; se sienta en la arquilla y queda llorando con gran abatimiento.)

ESCENA VIII

ESCORPINA, PANTASILEA, FAUSTINA, CARADOSSO, JACOBO y VECINOS. Unos vecinos llegan hablando con los que ya desde hace rato paseaban por la calle

- PANT. (A uno de los vecinos: los dos están en el marco de la puerta y casi entran en el taller.) Oye, tú, ¿quién es Benvenuto este que sale?
- VEC. 1.º ¡Por las osadías que nos ha dicho, creo yo debe ser él!
- PANT. Es muy apuesto.
- FAUST. Pero nos ha mirado apenas.
- PANT. De estos gusto yo, que en público no miran y á solas rinden.
- CAR. ¿Y hasta ahora no ha salido Benvenuto?
- JAC. ¡Tiempo llevaremos de esperar!
- JAC. Pronto ha de volver si no se tarda aposta para fastidiarnos; porque el palacio de los Gichis está aquí cerca.
- PANT. ¿Venís vosotros á presenciar el resultado de la apuesta?
- VEC. 1.º Y hace una hora que aguardamos.
- FAUST. Nosotras venimos también... ¿Por qué no entráis?
- JAC. Nada nos ha dicho la señora Juana. ¡Esperamos que venga el maestro!
- PANT. No os habrá visto Escorpina... nosotras entramos. (Lo hacen. Entran con bulla en escena, Pantasilea, Faustina y algunas vecinas más; Juana vuelve á ellas la cabeza sin ánimo de salirles al encuentro. Quedan los vecinos todavía en la calle.)

ESCENA IX

DICHOS

- PANT. Buenas noches, Escorpina. Ya debes saber... Venimos á presenciar la apuesta...
- ESCOR. (Melancólicamente.) ¡Entrad!
- FAUST. ¡Mira, mira qué hermosas flores tiene en este jarro Benvenuto!
- PANT. Con tanta gracia están puestas, como si las hubiesen colocado manos de mujer.
- FAUST. ¿No sospechas que sean presente de Escorpina?
- PANT. (Volviéndose á examinar á Juana.) Ahora que reparo en su inquietud, digo que sí.
- CAR. (Gritando fuera.) ¡Aquí viene el maestro Lucas Angelo! (Las mujeres corren á la puerta para ver mejor.)
- VEC. 1.º ¡Le rodean sus discípulos!
- JAC. ¡Y trae cara de no perder! ¡Vamos á que nos cuente nuevas! (Queda solamente en el marco de la puerta el grupo de mujeres.)
- PANT. ¡Si que viene; ya lo veo!
- ESCOR. (Levantándose y yendo á ellas.) ¿Es de verdad que llega Lucas Angelo? (Gritería en la calle.)
- FAUST. Ahí le tienes. (Saliendo con todos de la puerta para dejar el paso libre.)

ESCENA X

DICHOS, LUCAS ANGELO, Aprendices, Vecinos y Gente del pueblo que le rodean

- LUC. Antes que nada, Juana, te traigo bendición expresa del Papa, para tus virtudes.
- FAUS. (A Pantasilea.) Los Papas llaman virtudes á eso: bien es saberlo, que nos lo haremos valer en el Purgatorio.
- LUC. ¿Ha vuelto Benvenuto?
- VEC. 1.º No tiene tiempo todavía.

LUC. ¡Pues vendrá tarde y con daño! Limpiadme acá esa mesa, mis mancebos; que extienda bien sobre ella los dineros ganados con mi arte. (Los mancebos limpian la gran mesa del fondo: la adelantan un poco. Lucas Angelo se coloca detrás de ella con tres saquitos que aprieta mucho entre sus manos.)

ESCOR. (Acercándose á su marido. Los vecinos rodean la mesa que queda un poco al lado. en descubierto la puerta del fondo.) ¿Te han pagado bien tu obra?

LUC. ¡Oh, cariñosa solicitud! ¡Oh, buen gobierno de mujer amiga! ¡Oh, amante interés de esposa por las cosas del marido! ¡Oh, de qué manera me toca todo esto el corazón, mi dulce Juana! Si, me ha pagado bien, tenlo por cierto: tanto le ha gustado al Papa mi obra, que me la ha pagado en cien escudos más de lo que yo le pedía. (Desabotona los saquitos y dice:) Trescientos escudos de oro traigo en oro. (Los vacía de una vez sobre la mesa; admiración de los que miran.) Descuida, Juana, que Benvenuto no viene con más de la mitad y perderá su apuesta y nos libramos esta noche de semejante estorbo que tanto complicaba el buen gobierno de la casa, para una mujer como tú, tan ordenada y hacendosa.

MAN. 1.º Creed, señora Juana, que dice verdad el maestro: yo sé de tasar, y no creo que por la joya de Benvenuto puedan darse más de ochenta escudos.

FAUS. Tú sabrás de tasar oro, que es cosa que se tasa á peso, barbilindo, pero el diseño, que sólo puede cogerse con las pinzas del ingenio, ¿cómo lo tasas tú, señor obtuso?

LUC. Mira, esposa, cómo también tiene bizarros defensores Benvenuto.

MAN. 2.º Pues yo soy del parecer de mi compañero y también entiendo de tasar.

MAN. 3.º Y yo, que soy del oficio, apuesto también por el maestro.

FAUS. ¡Yo por Benvenuto!

MUJERES ¡Y yo!

LUC. ¡Mira cuánto vale buena presencia, y cómo

la afición junta á todas las mujeres para apostar por el buen mozo!

FAUS. En algo hemos de ser más que los aurífices tacaños á quienes la envidia y los celos juntan para apostar contra el compañero que les vence.

PANT. ¡Bien está, Faustiral!

LUC. Y tú, Juana, ¿por quién apuestas tú?

ESCOR. ¿Por quién he de apostar, si mi afición no es más que una?

VOCES ¡Que diga su apuesta!

ESCOR. (Gran silencio.) ¡Por quien enseña á todos, por ese apuesto yo!

FAUS. Digo, Juana, que esa apuesta es lo más ingenioso que se ha dicho aquí esta noche. (Aparece en la puerta Benvenuto.)

ESCENA XI

DICHOS y BENVENUTO

VOCES ¡Benvenuto!

BEN. (Como sorprendido.) ¿Qué hace aquí tanto concurso?

LUC. ¿Qué traes, Benvenuto?

BEN. (Extrañeza.) ¿Qué traigo?

LUC. No; no das un paso más, si antes no dices cuánto has ganado con tu obra; yo tengo aquí trescientos escudos de oro en oro.

BEN. Ahora que me habláis con ese ímpetu; ahora tengo yo calma y vais á oirme. Es fiesta hoy en el palacio de los Gichis. Cuando entré en él, no acertaba á dar un paso de confuso entre tanta concurrencia. Duques y cardenales, y hombres de claro ingenio, rodeaban á la magnífica señora Porcia, cuando, invitado por ella, le entregué mi obra... Yo le hablaba como podía y ella miraba y remiraba la obra, alabándola con altas exclamaciones. Llegóse, entonces, á tomarla él uno de los que allí estaban y, al tomarla él en sus manos, todos se callaron con respeto: yo también callaba y debía estar blanco

y frío como el mármol. Cuando la hubi visto bien, dijo así aquel hombre admirable: «En verdad, señora, os digo, que al que ha cincelado esta maravilla, nadie de los modernos y pocos de los antiguos le aventajan.» Quise pronunciar su nombre para bendecirlo; pero la grandeza del mismo, aún más que mi confusión, me lo impidió. Era Miguel Angel Buonarotti... Y ahora, señor maestro Lucas, poned de un lado vuestros trescientos escudos, y del otro esta alabanza del más grande hombre que haya habido nunca, y que diga una conciencia justa, cuál es la mayor de ambas ganancias...

LUC. Dígame yo que, si no me acompañas de escudos tus palabras, pierdes la apuesta y sales de mi casa esta misma noche, con todas las alabanzas del Buonarotti encima, como hombre inútil y holgazán que tú eres.

BEN. (sin inmutarse.) Cuando oí á aquel hombre que hablaba de aquel modo, cogíome tal confusión á la vez y tanta alegría, que no sabiendo qué hacer, aunque oí que me llamaban, me eché á la calle, dando saltos, y aquí me vine, á explicaros mi alegría, sin acordarme de escudos ni de recompensas... Y en cuanto á la apuesta, como yo, que tengo claro juicio, la doy por resuelta en mi favor, ¡aquí me quedo, maestro, que le tengo afición á vuestra casa y aquí me soportaréis, pesia vos mismo, hasta que mejor acomodo se me ofrezca!

LUC. Dígame que te echo por gandul y por traidor.

BEN. ¡Puesto á eso os digo que mentís, bellaco!

ESCOR. (Viendo que van á las manos) ¡Benvenuto!

LUC. (Yendo á él furioso con la daga desnuda.) ¡Mal cancer en tu lengua! (Al ir á encontrarse se abre la puerta del fondo y entran en ella cuatro psjes con hachas; en medio de un lucido acompañamiento entra también Porcia; todos se echan atrás y hay un gran silencio.)

ESCENA XII

DICHOS, SEÑORA PORCIA y acompañamiento

CAB. Este es, señora Porcia, el taller del maestro Lucas Angelo.

POR. (Avanzando hacia Benvenuto que le hace acatamiento.) ¿Cómo es eso, Benvenuto, que yo misma he de venir, por mi pie, en tu busca? ¿Tanto erojo te da mi palacio, que huyes de él, precisamente cuando todos te buscan para festejarte? Tienes allí toda Roma asombrada y te vienes á esconder aquí, como si te persiguieran?

BEN. Señora...

POR. (Tomando un bolso de manos de un paje.) Quiero que estos pocos escudos aceptes como merced de lo que no tiene precio. (Le da la bolsa.)

BEN. Disponed, señora, que lleguen á manos de mi maestro Lucas Angelo, que allí veis, y está quejoso de mí por el poco provecho que le he dado en mis tiempos de servicio: en cuanto á mí, solo con vuestro favor estoy premiado. (Porcia avanza la bolsa á Lucas que se apresura á tomarla.)

POR. Y quiero además librar al maestro Lucas Angelo de una carga como tú. Desde hoy tendrás morada en mi palacio y serás aurífice á mi servicio, para honra mía y de mi casa. Ahora, sígueme, (Benvenuto y Escorpina se miran.) que toda la gente espera para que la fiesta prosiga en honor tuyo...

BEN. Una sola merced, señora, os pido.

POR. Toda mi merced es tuya.

BEN. Que me permitáis besar las manos á la señora Juana, mi ama, en prenda de que nunca olvidaré la gran bondad conque hasta el día me ha tratado.

POR. (Con ligera sonrisa.) Hazlo... (Benvenuto besa á Juana las manos con un furioso trasporte contenido. Gran silencio.) Demos vuelta á palacio. (A Benvenuto.) Síguenos...

- FAUS. (Mientras solemnemente desaparecen todos.) ¡Viva el maestro de todos Benvenuto!
- TODOS ¡Viva!... (Escorpina rompe á llorar amargamente, siguiendo, desde la puerta, el grupo de los que se alejan.)
- ESCOR. ¡Hinca bien el pie por el camino, que yo pueda seguirte, y besar cada una de sus huellas!...
- LUC. (Vaciando alegremente el bolso de Porcia.) De verdad que no todo se ha perdido... ¡Ven acá, Juana, y haznos traer doce jarros de vino griego! (Todos gritan y aplauden.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Esta es la habitación de Benvenuto: hay en ella hacinadas muchas y bellas cosas de arte, con otras útiles y de uso diario. Están todos sus muebles que son, además de su cama, en el fondo, bien colgada, varias sillas y una mesa grande: sobre la mesa libros, papeles, un espejo con marco de plata, un velón grande y un cáliz comenzado, en oro. También habrá, en el cuarto, una especie de arquilla, donde Benvenuto guarda, bajo llave, las joyas acabadas y las piedras preciosas que cardenales, grandes damas y hombres esclarecidos, el mismo Papa Clemente, le confían para que las monte. La disposición del cuarto es esta: En el fondo, á la derecha, el rincón de la cama. En el centro, la puerta de entrada; á la izquierda, un gran ventanal, por donde el cuarto cobra luz. En la pared lateral izquierda, hay la puertecita que comunica con la alcoba de Fantasilea, su modelo. En la pared de la derecha, casi no hay muro, viéndose sustituido por un gran cortinón, que separa la habitación de Benvenuto del taller donde trabajan sus cinco oficiales. Al levantarse el telón se oye el ruido de los oficiales que están labrando un mármol: el cortinón de la derecha está, á medias levantado, y deja adivinar parte del taller.

ESCENA PRIMERA

En escena PANTASILEA. Después ASCANIO

- PANT. (Tiene cada la manga de un lado del cuerpo y los cabellos sueltos; se coloca en ellos una guirnalda, consultando el espejo y la bella figura que le muestra.) No dirá hoy el maestro que tengo pocas trazas